

Recio, apasionante y sutil, como el viento de Levante. Ángel J. Sáez en su novela sobre el gran ataque a Gibraltar

Alfonso Escudra Sánchez/ IECG

Recibido: 18 de diciembre de 2025 / Revisado: 19 de diciembre de 2025 / Aceptado: 7 de enero de 2026 / Publicado: 23 de abril de 2026

El éxito dentro del género de la novela histórica tiene dos pilares esenciales: talento como escritor y un conocimiento profundo del marco histórico en sus diferentes aspectos, tal como exige el carácter intrínsecamente multidisciplinar de esta bendita ciencia. Se trata de un género sin duda muy popular que, dejando a un lado las posibles habilidades literarias de quienes lo practican, permite clasificarles en tres categorías básicas:

Los que se sirven de su propia experiencia personal como fuente. Los que parten de un conocimiento erudito de la época. Y los que sustentan su incursión al pasado exclusivamente en una labor de documentación realizada, digamos *ad hoc*.

Pero no se engañen, cada una de estas tres categorías tiene sus ventajas y sus desventajas. No obstante, de lo que no hay duda es de que, si el empeño en ser escritor de novela histórica no viene respaldado por el talento literario, aquí no se salva nadie. Porque el lector puede superar el subjetivismo e incluso la carga ideológica de las visiones personales que pueden lastrar a los que componen la primera de estas categorías. Como también disculpar el excesivo academicismo y la tendencia a dejar su capacidad de imaginar maniatada en aras de una erudición aquí impropia, principal defecto que se achaca a los insertos en la segunda. Incluso llegan a tolerar el ridículo presentismo y los errores de ambientación o contextualización de los hechos que hace estragos entre los pertenecientes a la tercera. Pero lo que sin duda nadie perdona es comprobar con su aburrimiento que las

musas nunca acudieron a la cita con el autor en cuestión. No me cabe la menor duda que descubrir eso debe ser una terrible e inapelable experiencia para todo incursor en el ámbito de la novela histórica.

La condición de doctor en Historia de Ángel Sáez le sitúa claramente dentro de la segunda de las categorías mencionadas. Por cierto, una de las dos minoritarias. Me refiero a la de aquellos especialistas en una etapa histórica que deciden despojarse de las exigencias formales del ensayo, siempre tan lastrado en cuanto a su número de potenciales lectores, para realizar una incursión en el campo de la literatura de ficción. En este sentido, estoy convencido de que ese afán tiene una poderosa razón de ser en las posibilidades de acceder al gran público. O cuando menos, constituye una clara apuesta por la divulgación que, en el caso concreto de Ángel Sáez, responde a un viejo anhelo sin el cual tampoco se podría explicar los muchos esfuerzos que, en calidad de director, lleva dedicados a nuestra querida Revista Almoraima.

Se trata pues de alguien que disfruta de las ventajas propias de los autores incluidos en esta categoría: escritores que no vivieron los hechos, pero que desde su condición de historiadores, arqueólogos, filólogos, académicos o estudiosos en general, conocen a la perfección el contexto histórico que, en su sentido más amplio, da acogida a su ficción. Eso le sitúa al lado de autores como Robert Graves, padre del televisivo *best seller* *Yo, Claudio*, un destacado estudioso de la antigüedad clásica, o del egiptólogo Christian



Jacq, famoso por su *Ramsés* o del mismísimo Santiago Posteguillo, cuyas novelas sobre Roma se levantan a partir de su condición de catedrático especializado en literatura romana.

De entrada, Ángel responde perfectamente a una de las características esenciales de esta categoría como es el rigor. Y así se hace patente en su precisión a la hora de abordar los hechos, en la datación de los mismos, en las referencias a los usos, mentalidad y costumbres que exhiben sus personajes o en la descripción de las circunstancias políticas, sociales o económicas del momento. Todo ello sin olvidar el intensivo empleo de un vocabulario preciso, de un léxico rico en términos especializados y cronológicamente ajustado a la época en cuestión.

Como prueba de todo lo anterior basta mencionar el apreciable conocimiento que el autor exhibe de las técnicas constructivas de las fortificaciones abaluartadas del siglo XVIII y sus accesorios tácticos, así como la precisa terminología que emplea a la hora de describirlas.

De tal suerte que, en más de una ocasión, el lector se va a encontrar observando o paseando entre merlones, pilotes, estacadas, troneras, paralelas, fosos o espaldones.

Este rigor del que hablamos también queda refrendado por su dominio del intrincado y casi críptico argot mariner de hace tres siglos (algunos de cuyos vocablos se mantienen en boga desde entonces); un recurso que el autor utiliza cuando escribe sobre los usos propios de la gente de mar, sobre la dinámica del combate naval, sobre la férrea estructura de las tripulaciones o sobre las prescripciones de su cadena de mando; en suma, algo que llevará al lector a un apasionante encuentro con jarcias, cubichetes, fragatas, trinquetes, faluchos, cañoneras, chalupas, bergantines y especialmente, con aquellos que fueron nuestros medios especiales de asalto y sitio naval, como son los experimentales empalmetados o las baterías flotantes.

Por lo demás, es justo destacar la ingente labor de estudio y documentación que subyace bajo de sus párrafos. Labor que el autor ha venido desgranando en varios libros y en forma de ponencias durante las Jornadas de Historia del Instituto de Estudios Campogibaltareños a lo largo de los últimos treinta años. Sin ella le hubiese sido imposible manejar con soltura los complicados arcanos que caracterizan, por ejemplo, la composición de las unidades militares, o hacernos disfrutar con esas precisas *Kriegsgliederung* del “Gran Sitio”, como acostumbran a denominar los investigadores germanos y que los británicos conocen como *order of battle*. Les aseguro que nada como eso le hubiese sido posible sin dedicarle muchos años de trabajo.

Sin embargo, en *Como el viento de Levante*, el lector podrá discurrir entre granaderos de las Guardias Españolas, Voluntarios de Murcia, exploradores de las Reales Guardias Valonas, enlaces irlandeses del Regimiento Ultonia o aristocráticos jinetes del Regimiento de Caballería de Alcántara. Así como familiarizarse con sus técnicas de lucha y sobre todo con sus empleos, sus armas, equipos y uniformes; complicada disciplina la que se ocupa de estos

asuntos, con una verdadera legión de exigentes eruditos, estudiosos y coleccionistas sensibles a cualquier error, pero también agradecidos ante los detalles de buen gusto.

Buena prueba de que Ángel ha sabido salvar con creces este y otros retos lo tienen en las páginas 225 y 226 de la novela, en la que nos hace acompañar al mismísimo duque de Crillon en su revista al conjunto de las tropas bajo su mando. Les aseguro que, hasta los más exigentes entre los expertos en uniformes y equipos, van a disfrutar de lo lindo.

Pero no es el rigor la única de las características de la categoría a la que, sin su permiso acabo de adscribirle como autor de novela histórica, a la que Ángel hace honor. También está su habilidad a la hora de situar el argumento dentro de un contexto ajustado, amplio y profundo. La interacción entre los personajes se dota así de un realismo que sería inalcanzable si el autor no hubiese tenido en cuenta, con todos sus múltiples matices, los antecedentes, condicionantes y consecuencias del momento histórico en el que estos se desenvuelven.

De ahí que la situación de la trama dentro la serie de diferentes planos encajados, que diría Ferdinand Braudel, es absolutamente perfecta. Tengamos en cuenta que el adecuado encuadre de estos planos, es condición *sine qua non* para todo autor de novela histórica que se precie. En este sentido, Ángel Sáez demuestra además una notable pericia en (valga el símil) explotar todas las posibilidades de hacer funcionar el *zoom* (otra herramienta imprescindible), consiguiendo que, al estilo de un Lazarov literario, sus lectores discurren entre un plano general de mayor componente histórica y otro personal de pura ficción sin solución de continuidad, facilitando así la lectura y con ello el disfrute de su obra.

En consecuencia, asomarse a esta ventana agitada por el Levante que nos plantea Ángel Sáez conlleva, no sólo una visión del Gran Sitio, parte sin duda de una guerra mundial como sostiene el autor, sino un verdadero paseo por la geopolítica del siglo XVIII: con la presión del turco y la piratería berberisca en el trasfondo Mediterráneo y con la Europa de los pactos de familia o las

fricciones entre la España imperial y la emergente Inglaterra tanto en Occidente como en América. En el capítulo 6 tienen un buen ejemplo de lo que les digo.

Pero, ya en un estrato braudeliano inferior, en un plano corto que diría un cinéfilo, la novela también constituye una aleccionadora incursión a través de la sociedad y las relaciones de todo tipo que, durante ese periodo, se dieron en esta zona entre militares, comerciantes, hacendados y lugareños en general.

Y ya para cerrar este apartado de las ventajas inherentes a su condición, hay que destacar que el autor, no sólo es nacido en esta comarca, concretamente en Algeciras, sino que (y eso es algo que admiro desde mi condición de obrero esencialmente de gabinete) Ángel se ha recorrido, literalmente se ha pateado, los escenarios que luego describe. Tanto es así que las páginas de esta obra demuestran cómo esa familiaridad con la topografía que (como sostiene con vehemencia mi admirado Pepe Beneroso) es tan esencial a la hora de abordar el hecho histórico, resulta de idéntica utilidad a la hora de escribir las novelas que presumen de llevar ese mismo apellido.

Especialmente sugerente para nosotros como linenses es el paseo por un incipiente poblado de La Línea en el sentido más literal del término, nombre al que el autor ha sabido retirar la mayúscula de su “L” inicial en un acertado respeto por la cronología y las formas. Es reconfortante que muchos de nuestros paisanos puedan acceder así a la imagen que esta población mostraba durante sus albores, como núcleo urbano. No se preocupen nuestros vecinos que, con el mismo poder de sugerencia, en la novela también se cubren los asentamientos fundados por los que, mi buen amigo Juan José Téllez, acertadamente bautizó en su día como los gibraltareños del exilio y que dieron lugar a San Roque, Los Barrios o la Algeciras moderna.

Además del adecuado aprovechamiento de las ventajas propias de los historiadores reconvertidos en escritores de novela, Ángel soslaya con acierto esos criticados tics que lastran al erudito a la hora de abordar una obra de ficción. Con gran habilidad y soltura evita así sobrecargar la novela con superfluas

explicaciones que normalmente, pasan por mantener la imaginación al ralentí, como tampoco deja nunca que el rigor termine aplastando la espontaneidad narrativa, la emoción o el ritmo de la historia. Y sobre todo ha sabido dejar a un lado esa impropia tendencia al didactismo que en muchas ocasiones termina convirtiendo la novela histórica en una especie de *lectio non desiderata*. Vamos... en lo que un lector medio denominaría un pretencioso tostón.

No les pido que me crean, sólo les invito a comprobarlo y a disfrutar de esa bella historia de amor, de guerra y de traición que Ángel desarrolla en los diez capítulos que componen *Como el viento de Levante* sostenidos con acierto por otras tantas ilustraciones debidas a la pluma y tinta de Oscar Sáez. Una historia cuyo hilo conductor es Marco Agnelli, oficial de los Ingenieros Reales del Reino de España, veterano de los combates contra los rifeños en Melilla y contra los británicos en Mahón. Un joven nacido en San Roque, aunque de origen genovés, y destinado al llamado “Gran Sitio” con el que la España de los Borbones intentaba de nuevo recuperar la perdida plaza de Gibraltar a finales del siglo XVIII.

De hecho, casi podríamos hablar del omnipresente “Gran Sitio”, como uno de los personajes principales de la obra. El otro sería la continua influencia del, recio en ocasiones y sutil en otras tantas, pero siempre húmedo viento de Levante; ese que acostumbra a colocar al Peñón su característica montera de nubes. En relación con ello, les confieso que desde niño he pensado muchas veces en lo que tendría que ser montar guardia en el baluarte de Santa Bárbara durante un temporal de Levante.

En cuanto al “Gran Sitio”, cómo obviar la incidencia en las vidas de los personajes que tiene el bombardeo de preparación, tanto terrestre como naval, los avatares del asalto a través del istmo o la Bahía, o lo que supuso la elección de *King's Bastion* con punto de ruptura de las defensas de la plaza. Les puedo asegurar que cuando califico al “Gran Sitio” como uno de los personajes esenciales, lo hago consciente de que, lo que Ángel Sáez despliega ante el lector, es lo

que en la terminología OTAN actual sería una gigantesca operación combinada de carácter conjunto; una operación de calado estratégico y parámetros tácticos similares, salvando las distancias, a las diseñadas con el mismo fin en la primera mitad del siglo XX. A partir de lo dicho es imposible negar que su devenir resulte determinante en el desarrollo de la trama.

Esta se desglosa pues entre violaciones del bloqueo, descubiertas, golpes de mano, incursiones, duelos artilleros hasta llegar a la apoteosis del asalto que debía haber sido el definitivo. El autor no se priva de realizar también una ilustrativa incursión en la llamada guerra secreta de entonces, con su pléyade de agentes, agentes dobles, informadores, desertores, traidores, maniobras de información y contra-información donde nada es lo que parece. La vida misma...

Tal como sostuvo en su día Napoleón y como refrenda la historia, las fortalezas inexpugnables no existen. Sólo falta que cada una de ellas se enfrente a su particular Ulises para que esta verdad vuelva a quedar refrendada. La misma leyenda: *Nulli expugnabilis hosti* que hoy adorna el cinturón del *Royal Gibraltar Regiment*, pasa por la licencia que pudieran concederle el coronel Antonio de Figueroa o el Almirante Barceló y en fechas más recientes los incursores italianos de la *Xª M.A.S.* Bien lo sabía el General Mason McFarlane, Gobernador de la Roca en los cuarenta cuando construyó el túnel de escape que hoy se conserva en la pared este. Y así parece pensarlo también el autor a tenor de las palabras que, en la página 254 hace decir al mando británico. Por ello no dudo que llamar inexpugnable a esta plaza es sólo un recurso sabiamente empleado por Ángel Sáez con el fin de otorgar dramatismo e intensidad al argumento.

No es extraño pues que, junto al protagonista principal, el Levante y el “Gran Sitio” compongan, desde el punto de vista iconográfico, la imagen diseñada por Mariano Vargas e Ildefonso Sena, que acertadamente se eligió para figurar en la portada.

El resto del elenco es una cuidada mezcla de personajes históricos y de ficción cuyas vidas,

de una forma u otra, se entrecruzan en el marco espacio-temporal de la batalla. Así junto al duque de Crillon, a Martín Álvarez de Sotomayor o al coronel y escritor José Cadalso, todos ellos de existencia real, el autor nos presenta una serie de personajes de ficción llenos de sugerentes matices como O'Sullivan el voluntario irlandés, don Agustín el cura, Josephine, Lucía, Dolores o el fusilero Aguilar; en cuya boca Ángel pone un auténtico resumen, entre táctico y filosófico, de la aquella dramática epopeya en la página 103.

Por cierto, la recreación que en la página 141 y siguientes el autor hace de las circunstancias de que rodearon la muerte de Cadalso y de sus honras fúnebres me ha parecido de lo más sugerente. No obstante, uno de los personajes de ficción que más me ha impactado ha sido ese Macrino Cernuda, patrón del *Almanzor*, un avezado buscavidas, un corsario más que de fortuna, pletórico de pericia marinera que Ángel nos presenta en la página 299.

Esto, señores tiene nervio.

Y para ir terminando sólo me resta decirles que no se dejen engañar. La historia novelada no existe. O se trata de un ensayo en todo su rigor o es una obra de ficción. No hay términos medios. Ahora bien, eso no impide que, como en este caso, el autor esté tocado por los dioses y acierte a combinar sus conocimientos históricos y su imaginación escribiendo una trama cuyo fin último, no lo olvidemos, debería reducirse tan sólo hacer disfrutar al lector; aunque en este caso ese objetivo esencial se combine también con el evidente anhelo divulgador al que antes hemos hecho referencia.

Siempre he pensado que, al igual que ocurre en el cine con el empleo de las imágenes generadas por ordenador, la mayor virtud de una buena novela histórica es que el ejercicio de erudición sobre los hechos aludidos o el conocido recurso de hacer intervenir en la trama personajes históricos se sustancie con tal naturalidad y sutileza, que el truco no se perciba. Sólo así se conseguirá la magia y el lector se sentirá realmente transportado a otros

tiempos de la mano de unos personajes de ficción protagonistas de una trama también de ficción. Un buen ejemplo de los logros de Ángel Sáez a este respecto es la conversación que Cadalso y el protagonista principal de la novela mantienen mientras recorren, en misión de reconocimiento, las posiciones avanzadas del istmo; conversación en la que se dicen verdades como puños.

Por supuesto, no voy a hablarles de la trama, ni voy a describirles el argumento porque deseo que sea el lector el que descubra por sí mismo, si el ejercicio de ficción al que el autor nos invita en esta novela ha obtenido en él el mismo efecto que en mi persona.

Se trata de un libro cuidado y sólido cuya lectura lleva implícito un aleccionador ejercicio para aquellos ingenuos que aún piensan que la Historia es un simple juego de buenos y malos, de héroes y de villanos al estilo *hollywoodiense*. Nada más lejos... En este sentido, las páginas de *Como el viento de Levante*, les permitirán intuir que la realidad es mucho más rica, mucho más compleja y mucho más sutil; como lo es la humedad que nos trae ese viento de Levante cuando sin dejarse notar apenas, nos cala hasta los huesos.

Alfonso Escuadra Sánchez

Historiador. Miembro colaborador de la Sección I del Instituto de Estudios Campogibaltareños

Cómo citar este artículo

Alfonso Escuadra Sánchez/ IECG. "Recio, apasionante y sutil, como el viento de Levante. Ángel J. Sáez en su novela sobre el gran ataque a Gibraltar". *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (64), abril 2026. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. XX-XX.
